

Pieper coincide también con Sartre al advertir la vinculación de la esencia con el intelecto, pero se desvía del planteamiento sartriano por lo que tiene de olvido de la relación voluntad-existencia. En Sartre, la distinción clásica entre *res naturale* y *res artificiale* está llamada a desaparecer a favor de la segunda: todo es un producto de la libertad humana. Y sin embargo —le objeta Pieper— la existencia humana no tiene en sí misma su origen, sino que es fruto de una voluntad inteligente que sitúa a la *res* en su existencia real. Esto le lleva a Pieper a relacionar la filosofía de la esperanza con una metafísica creacionista: para que algo exista es preciso que haya una voluntad divina que le dé la existencia. En efecto, para que exista algo debe ser previamente amado y no sólo pensado.

El planteamiento de Pieper está reclamando el tratamiento teológico del problema de la esperanza. Para el pensador alemán, el ser humano es incapaz de aprehender por él mismo la razón última de la esperanza. La cuestión esencial del sentido o sinsentido de la vida es como tal filosófica, pero no admite, en última instancia, una respuesta puramente racional: la respuesta al problema de la esperanza es teológica o no es respuesta. El autor del libro se distancia en este punto de la propuesta de Pieper, pues en su opinión, es posible desde la filosofía apuntar una respuesta adecuada al problema de la esperanza.

Uno de los méritos del libro es haber sistematizado de forma coherente los escritos de Pieper donde de manera dispersa o colateral ha tratado esta cuestión; y sobre todo el haber situado el problema en un contexto antropológico actual. Una lectura recomendable y provechosa para un público con cierta formación filosófica.

José Ángel García Cuadrado

Armando MENÉNDEZ VISO, *La ciencia y el origen de los valores*, Prólogo de Javier Echevarría Ezponda, Siglo XXI, Madrid 2005, X + 283 pp., 14 x 21, ISBN 84-323-123-4.

Este libro es el fruto de la tesis doctoral que dirigió el autor del prólogo. Se trata sin duda de una investigación audaz sobre varios de los temas más apasionantes del actual diálogo filosófico. El título nos ofrece al menos dos de los temas centrales que se estudian: ciencia y valores. Este orden no pretende recoger su aparición a lo largo de las páginas, sino algo más profundamente filosófico: se trata de un libro sobre la ciencia. Ésta es la meta y el objetivo: ofrecer una comprensión nueva de las ciencias que supere una buena parte de las dificultades que hoy debe afrontar nuestra comprensión de las mismas. El origen de los valores es el camino elegido para afrontar el reto de dilucidar la naturaleza de las ciencias. Y justamente por eso, ahí comienza el libro.

Su estructura externa es aparentemente sencilla. Está dividido en cuatro partes, las dos primeras dedicadas a los valores y las dos segundas a su relación con la ciencia. Pero esta estructura tan simétrica se rompe inmediatamente cuando se advierte que la primera parte tiene apenas diez páginas, tituladas «valores y valor», y en las que se cuestiona directamente el uso actual del plural sustantivado. La segunda parte, que podría constituir por sí misma una investigación independiente, estudia el origen de la actual filosofía de los valores. El autor desvela los genes económicos del concepto, el ambiente polémico en el que se desarrollan para alcanzar su cultivo filosófico y, finalmente, describe la recepción de las filosofías de los valores en España, a través de los escritos de Zaragüeta, Xirau, Ortega y García Morente.

La tercera parte se titula igual que el libro y constituye el núcleo problemáti-

co al que se pretende responder. El autor analiza el desarrollo de la ciencia y la comprensión de la misma en la filosofía, porque se trata de aportar algo a la filosofía de la ciencia. A partir del positivismo se muestra cómo la filosofía de la ciencia pretende escapar del positivismo. Se estudian las ciencias como actividades humanas y se analiza con una extraordinaria profundidad y lucidez cómo fracasan los intentos de hacer valer los valores en el seno de la ciencia.

La cuarta parte contiene el resultado original de estas páginas: los valores son tenidos por las cosas y no realidades sustantivizadas. Pero su formulación y articulación reside en la prudencia. «La gran ventaja de la noción de prudencia es que consigue salvar la distancia entre práctica y teoría sin negarla, entre el *es* y el *debe* sin fundirlos» (p. 229). Se trata de rescatar lo mejor de la filosofía práctica aristotélica, a través de la actualización llevada a cabo por Aubenque, y aplicarla a los problemas actuales de la filosofía de la ciencia. De este modo se explica por qué el progreso de la ciencia y su desarrollo no obedecen a la necesidad que se espera si su única guía y objetivo es la verdad. Encuentran, también, fácil acomodo las perspectivas históricas y sociológicas que afectan a las mismas ciencias. Se describe adecuadamente la dinámica real de la ciencia y se pueden formular propuestas eficaces para afrontar los indudables problemas que hay ahora mismo sobre la mesa del diálogo cultural, social y político, en el que parece que no sabemos qué hacer con la ciencia.

Es preciso añadir que la prudencia en la actual situación de las tecnociencias ha de ejercerla no sólo cada persona individual, sino todo el conjunto de personas implicadas en la investigación a todos los niveles. Se revela así la importancia de la deliberación y de la decisión en el desarrollo de la ciencia. «¿Cómo se

puede implementar entonces la participación pública en las decisiones tecnocientíficas? Mediante la transparencia... que ha de extenderse a la decisión misma. La participación sólo es posible cuando los participantes potenciales conocen desde su origen las empresas tecnocientíficas. Sólo si se permite acceder fácilmente a la información acerca de los presupuestos de investigación de instituciones públicas y empresas, si se avisa con antelación suficiente del comienzo de determinados proyectos, pueden los posibles afectados influir en las decisiones que, en todo caso, a ellos sí les influyen» (p. 225) De este modo, se ha alcanzado un cierto relativismo sin necesidad de pagar el peaje del relativismo postmoderno. «En el fondo, el problema de la evaluación es el problema del conocimiento, y viceversa. La cuestión de los valores es la de los límites de las ciencias —que alcanza a la de los límites de lo necesario—. Lo que los valores ponen en cuestión son las mismas ciencias, que ya no pueden arrogarse el derecho de exclusiva propiedad sobre las verdades bien establecidas porque su estructura no es sólo la de lo lógicamente construido, sino también la de lo prudentemente decidido» (p. 259).

El libro acaba con unas páginas dedicadas a los agradecimientos. Y le acompañan una bibliografía suficiente y un útil índice onomástico.

Enrique Moros

María Antonia LABRADA (ed.), *La belleza que salva. Comentario a la Carta a los artistas de Juan Pablo II*, Rialp («Cuestiones Fundamentales»), Madrid 2006, 151 pp., 16 x 24, ISBN 84-321-3572-0.

Con motivo del séptimo aniversario de la publicación de su emblemática *Carta a los artistas* (1.4.1999), aparece